

LIBROS

«La tragedia de la esperanza»

El Teatro de la Lengua tiene su sede en Madrid, calle Ruiz de Alarcón, número 17, en un edificio neoclásico que mira al Salón del Prado y que tiene a su espalda la regia iglesia de los Jerónimos, en el sector sin duda más hermoso de la ciudad, concebido con gran visión urbanística por el que fue su mejor alcalde, Carlos III. No es frecuente que celebre función el Teatro de la Lengua. Su elenco, formado, entre otras «dramatis personae», por hombres de letras y escrupulosos investigadores, se reúne normalmente a puerta cerrada para limpiar, fijar y dar esplendor, con años de retraso sobre la lengua viva, a la común herencia. Pero sucede también a veces que el Teatro de la Lengua abre sus puertas y anuncia su función en la cartelera. Así lo hizo el domingo 21 de mayo con gran éxito de público y crítica, con motivo de la recepción del dramaturgo Antonio Buero Vallejo. El tema sobre el que versó su discurso de ingreso fue, como ya sin duda sabe el lector, el de «García Lorca ante el esperpento», y en él incidió también don Pedro Laín Entralgo, encargado por la docta casa de contestar al recipiendario. Pero si tuviéramos que elegir un título para la pieza que ambos y su teatral compañía representaron ante el público, tendríamos que decidimos tal vez por el de «La esperanza en la tragedia» o «La tragedia de la esperanza».

Hay que comenzar por decir que ambos protagonistas estaban plenamente conscientes de estar representando una obra teatral. Buero lo afirmó así al principio de su discurso: «Heme, pues, en este salón, que visité otras veces sin reparar en su semejanza con aquellos locales donde mi profesión se alberga. El parecido con un teatro es, sin embargo, notable y no se reduce a la arquitectura que nos rodea. Con su adecuada indumentaria, tampoco faltan los actores; ni los papeles previamente escritos, uno de los cuales me corresponde recitar ante el público, asimismo presente». Laín Entralgo siguió en su contestación el

argumento y terminó dando al nuevo académico la bienvenida «en nombre de la compañía titular del Teatro de la Lengua». El marco o, como suele decirse, «el incomparable marco» en que tenía lugar la función a la que con tanta finura se referían ambos, era, no necesito decirlo, perfecto. Al fondo, las dos vitrieras con las leyendas: «Poesía» y «Elocuencia». Debajo, el gran dosel de damasco rojo, en el centro del cual sonreía el fundador de la Academia, el Rey Felipe V, de no tan fausta memoria, hay que decirlo, para los hablantes de otras lenguas españolas. Debajo, el rostro familiar de Miguel de Cervantes. Y también los esgrafiados pompeyanos del techo y de las paredes, las cenefas florales en bronce, el rojo terciopelo de los sillones. En primer término del estrado, uno frente a otro en sus mesitas de conferenciante, con el gran jarro de agua y el vaso cubierto por un tapetito bordado, de perfil al público, don Pedro Laín y don Antonio Buero, vestidos con el frac ritual. En segundo término, sentados en los sillones del estrado, los académicos, mayoritariamente vestidos de frac, pero entre los que no faltaban tampoco uniformes militares de gala. Solamente había una señora en el estrado, alguien dijo que era una correspondiente peruana, que dulcificaba un poquito con su presencia el varonil tinglado y la cual, vestida con un a modo de manto bordado con motivos florales, ponía la nota americanista. Completaba la cromática composición la púrpura cardenalicia del también académico monseñor Enrique y Tarancón, sentado en la presidencia a la derecha de don Dámaso Alonso.

El acto había despertado una expectación fuera de lo corriente en sesiones de este tipo. Veinte minutos antes de comenzar, cuando yo llegué, el gran salón de la Academia estaba ya totalmente abarrotado. Había gente de pie en los pasillos laterales, al fondo del salón y detrás de las localidades que, siguiendo el símil teatral, llamaríamos de anfiteatro. La personalidad de Buero Vallejo como dramaturgo no cabe duda que merecía esta respuesta a la convocatoria de la Real Academia. Pero había otra razón ajena a las Letras. El autor de «Historia de una escalera» es el primer español designado académico que combatió en el lado perdedor de la guerra civil. Al día siguiente de su recepción, un periódico, como suele decirse, «muy

de esto», comentaba, aprovechando, que la jornada había sido «de reconciliación nacional». Personalmente interpreto que en estos días del mes de mayo de un año particularmente desprovisto de primaveras, la primavera de la Real Academia de la Lengua, fruto de su mejor espíritu tradicional, tenía que llamar forzosamente la atención.

Después que los señores Clavería y Colino hubieron acompañado al nuevo académico desde la puerta del salón hasta el estrado, Buero comenzó su discurso agradeciendo una elección en la que veía más que un «premio a los pasados trabajos», un «acicate de mi labor futura». Y añadió: «Acicate y además, por qué no decirlo, amparo; ya que vuestra acogida me depara ese techo del que el escritor español, sujeto propicio a in-

mucha otra poesía y teatro...» Y añadió: «Pero no es más que un espectro. Lo que pudo y debió ser y no será. Perdonad si he pretendido suscitar ese amable fantasma; tened por cierto que no he buscado ningún morboso efecto escénico al intentarlo. Pero yo, pobre autor de teatro a quien el azar respetó la vida, no puedo incorporarme al puesto que me habéis discernido sin expresar la angustia de esa ausencia y el dolorido anhelo de que, precediéndome, se sentase entre vosotros esa sombra imposible».

El discurso de Buero constituyó una defensa de la tragedia lorquiana frente, aunque no contra, el esperpento valleincliniano, «cuya radical propuesta ha ganado en estos años (en mayor medida que aquélla) la adhesión de las generaciones nuevas,

Pero no quisiera terminar esta nota sin aludir a lo que Pedro Laín Entralgo llamaba, al contestar al nuevo académico, «la intención postrera» del discurso de Buero Vallejo. Contra la afirmación de Goethe, que sostenía que «todo lo trágico descansa en una antítesis irreconciliable. En cuanto surge la solución o se hace posible, desaparece la tragedia», Buero afirmaba que «la esperanza es el meollo de lo trágico». «No son las tragedias acatamientos al destino ineluctable, sino tensas discusiones de sus enigmáticas falacias. Y empezar a preguntarse por el destino es comenzar a vencerlo. Y a negarlo...». Y luego: «La desesperanza no habrá aparecido en la escena para desesperanzar a los asistentes, sino para que éstos esperen lo que los personajes ya no pueden esperar». Daba unos ejemplos tomados de García Lorca: «Aunque sepa los caminos, yo nunca llegaré a Córdoba», de «Canción del jinete»; o el otro tomado de «Doña Rosita»: «Con toda la ilusión perdida me acuesto, me levanto, con el más terrible de los sentimientos, que es el de tener la esperanza muerta... Y, sin embargo, la esperanza me persigue, me ronda, me muerde; como un lobo moribundo que apretase sus dientes por última vez». Y comentaba Buero: «Declarar fallecida la esperanza y afirmar acto seguido que aún muerde porque sólo está moribunda es humana contradicción que revela... la verdad de la esperanza trágica».

Pedro Laín Entralgo, en su contestación, abundaba en el razonamiento de Buero de que sin esperanza no hay tragedia. Evocando la muerte de Federico, preguntaba: «¿Muerte sin cosecha de auténtica esperanza? Hay horas en que todo parece concitarse para pensarlo así». Y añadía: «Pero no en vano es el Guadiana el río del solar de don Quijote. Bajo la tierra de los campos manchegos lleva oscuramente el Guadiana su esperanza de aire y de luz. Bajo la muerte injusta y violenta de Federico García Lorca y de tantísimos más políticamente rotulados de un modo o de otro, va corriendo, también oscura, la esperanza de una vida española más razonable y justa, en la cual los hombres prefieren ser entre sí complementarios a ser entre sí enemigos». Y terminaba Laín su parlamento de esta «Tragedia de la esperanza», representada en este mayo sin primavera en el Teatro de la Lengua, de Ruiz de Alarcón, 17, dicién-



temperies, suele hallarse menesteroso». Evocó la figura de su predecesor en el sillón de la Academia, don Antonio Rodríguez Moñino, «profesor conflictivo» que perdió su cátedra y «hubo de dispersar sus afares docentes por otras tierras». Habló de García Lorca y al final de su discurso, con el fin de completar el reparto de la representación teatral de su recepción académica, hizo una shakespeariana invocación al espectro del asesinado poeta: «Y al pasar mis ojos por el severo conjunto de vuestras presencias, imaginó entre ellas la de un hombre de setenta y tres años, de mirada aún joven... Lo veo entre vosotros porque, de algún modo, aquí se encuentra; ha llegado a su vejez armónica, ha regalado a España

más que nunca resueltas a la dura crítica que el país necesita». No me corresponde a mí analizar las tesis de este discurso, que sin duda suscitarán comentarios y juicios críticos de los especialistas. Bastará decir que entre la tragedia lorquiana, en la que el autor ve a sus personajes «en pie» a la manera de Shakespeare, y el esperpento, en el que los personajes están vistos «desde el aire», encuentra Buero Vallejo «una inesperada armonía», una complementariedad. «Las grandes obras de Federico García Lorca (son) un Miércoles de Ceniza no menos preciosos para el futuro de nuestro teatro que el formidable Martes de Carnaval logrado por don Ramón María del Valle-Inclán», dijo Buero resumiendo su tesis.